

# Problemática juvenil y nuevos desafíos de acompañamiento pastoral

---

*José María Tojeira, sj\**

Lo joven ha sido siempre objeto de reflexión. En la literatura clásica se menciona como etapa de pasión, sentimientos desbordantes e incluso locura. Es evidentemente un tiempo crítico, un lugar de paso hacia la madurez donde lo inmaduro se conjuga con lo festivo, donde cuajan amistades profundas, donde se socializa la persona y se aprende a convivir. Gregorio Marañón en su ensayo, "El deber de las edades", insiste en que el tiempo de juventud tiene como tarea intrínseca y como deber propio la rebeldía. En su época, ya lejana para nosotros, este insigne ensayista criticaba la masificación del deporte porque lo veía como una continuación de las prácticas masivas fascistas de domesticación de lo juvenil y anulación de la rebeldía.

Mucho tiempo ha pasado desde entonces y hoy tendemos a contemplar una juventud con relativa poca iniciativa, con una mínima capacidad crítico-constructiva frente a los dinamismos sociales y políticos, y, ciertamente, más centrada en sus ensoñaciones afectivas y en sus necesidades consumistas que en el deber de la rebeldía. Evidentemente sobre el mundo joven ha habido toda una serie de influencias y factores que han determinado un modo de ser alejado hoy de la búsqueda de soluciones racionales y globales para los problemas de la actualidad, más refugiado en lo parcial y más influido por modas y propagandas.

Ciertamente no se trata en estas líneas de calificar como mejor o peor a los jóvenes de hoy. Con sus dificultades, manejan con frecuencia mejor que los adultos su relación con los demás. Incluso las crisis de las utopías les han llevado al cultivo de compromisos más cercanos al dolor humano en vez de a la desesperación, desencanto cínico, o incluso depresión a las que arrastró a muchos adultos ese mismo fenómeno. Pero sí queremos contemplar fundamentalmente los problemas de lo

---

\* Jesuita. Rector de la UCA de El Salvador. Pertenece al Consejo de Redacción de Diakonia.

juvenil, como nueva realidad de nuestra época, para poder después reflexionar sobre caminos de trabajo con este sector tan amplio y determinante dentro nuestra realidad humana y social. Sin afán de ser exhaustivos, enumeraremos, pues, algunos de los factores que suelen caracterizar al mundo juvenil actual para reflexionar después sobre los retos que la juventud nos plantea en la actualidad desde el campo de la fe.

## Rasgos generales

En primer lugar el espacio de lo joven se ha alargado. Se llega precozmente a la juventud, por influencias educativas, mediáticas y culturales, y se sale de la misma a edades relativamente avanzadas. Los actores de cine siguen siendo jóvenes a los cuarenta años y los futbolistas mantienen su halo juvenil en lo primeros treintas. Mantenerse joven es una consigna indispensable para el triunfo mientras que envejecer se ve como fracaso, y la madurez como etapa de aburrimiento. La Universidad, cada día más generalizada, tiende a alargar la vida joven y arrastra como modelo de permanencia en lo juvenil a muchos otros sectores.

Este espacio alargado de lo joven se ha convertido al mismo tiempo en un extraordinario nicho comercial. Los consumidores de cd's, dvd's son mayoritariamente jóvenes. La moda juvenil, en ropa, perfumes, deportes, etc. supone unos montos monetarios inimaginables hace 50 años. Las pulsiones y ansiedades que se añaden a las necesidades vitales del joven, forzándole a consumir compulsivamente, y de tal modo que se incorpore a las sucesivas modas, son en ocasiones tan fuertes como los propios instintos de su realidad joven. Y los refuerzan, especialmente en el campo de la sexualidad, tan comercializada hasta el exceso.

Esta realidad consumista cobra rasgos trágicos en nuestras sociedades donde la pobreza y la riqueza conviven con tanta, tan creciente y tan insultante disparidad. La brecha social entre ricos y pobres se reproduce entre alumnos de diferentes escuelas no sólo en posibilidades de futuro, sino en estilos, modos de comportarse, hablar, etc. Si en el pasado inmediato se dio con frecuencia entre nosotros un racismo duro y autoritario, hoy, más allá del color de la piel, se reproduce en formas de vestir, de lugares frecuentados, y con frecuencia

de sentimientos de desprecio mutuo, y vidas que no se entrecruzan jamás. El fenómeno de las maras, aunque es mucho más complejo, tiene también un componente de rebeldía primitiva y resarcimiento social contra una sociedad que excluye sistemáticamente a un sector de su propia juventud.

A las nuevas dimensiones temporales y comerciales se han añadido también aspectos ideológicos. La juventud ha dejado de ser una etapa de transición hacia la madurez para convertirse en la etapa ideal, única en la que se puede alcanzar la felicidad vital. Incluso en el mundo maduro se ha cambiado el recuerdo nostálgico de la juventud, al estilo de Rubén Darío, "Juventud divino tesoro...", por el afán de parecer joven. La apariencia juvenil en modas, cosméticos, operaciones... se ha convertido en una especie de realidad virtual hipócrita. Pues al tiempo que ensalza la apariencia y el estilo joven, margina cada vez más de las decisiones reales a dicho sector. Vivir intenso y morir joven no escapa de un imaginario colectivo creado a través de artistas de cine, rockeros, etc., que se suicidan tempranamente, mueren de sobredosis, o fallecen en riesgosas diversiones. El deseo ilimitado corre parejo con la capacidad de frustración y desesperación. Los casos de escolares norteamericanos que lo tienen todo y que se suicidan en medio de una masacre colegial tienen sus correlatos en los barrios pobres del tercer mundo en jóvenes que disfrutan y viven la vida en medio de una tensión, entre sicótica y gozosa, que les lleva a perseguir y ser perseguidos permanentemente.

Lo familiar no escapa también a este tipo de influencia. Aunque en nuestros países centroamericanos, y en ciertos sectores sociales, hay una larga historia de divisiones familiares, hijos ilegítimos, etc., lo cierto es que la familia tradicional ha tendido a ser sustituida por realidades mucho más pequeñas, con un protagonismo creciente de la mujer en la conducción familiar y con una disgregación de parentescos cada vez mayor. Aunque los lazos familiares puedan seguir siendo fuertes, la ruptura de vínculos tradicionales incide también en los dinamismos que llevan al inmediateismo, al vivir el momento y a no tomar decisiones de largo plazo. La transmisión de valores queda también sustituida, y fácilmente, por otros factores relacionales, no todos humanizantes, o mediáticos.

El enorme, y creciente, peso mediático en nuestras juventudes determina también modos diferentes de crecer y evolucionar hacia la madurez. Los mitos tradicionales, contados al arrimo de la noche, son sustituidos hoy por todo tipo de programas enlatados, uniformizantes y con frecuencia superficiales. El paso de la palabra a la imagen, como camino de conformación de cultura, marca estilos mucho más inmediatos, generalmente menos reflexivos y con una elaboración más superficial de la relación con tradiciones y valores.

Esta dependencia de la imagen y de lo virtual ha forzado una especie de quiebra de referencias. La cultura de la palabra tendía, idealmente, a desarrollar a la persona a través de contacto con el sabio, o la sabia. El anciano transmitía la sabiduría, y el afán era acercarse a esa dimensión donde el misterio de lo humano encontraba una respuesta que llenara el corazón. En nuestra sociedad de la imagen y el intercambio comercial la excelencia ha sustituido a la sabiduría. Lo que importa es saber hacer bien las cosas y hacerlas bien. Dominar la razón instrumental más que el sentido de la vida. El héroe ya no es el Moisés anciano, al que su pueblo tenía que sostenerle los brazos para que no cesara su acción intercesora, sino el Rambo individual, experto en todo tipo de artes marciales, capaz de resolver problemas complejos desde el dominio de su propia profesión.

### **Repercusiones de la nueva cultura juvenil**

Nos encontramos, de cara a nuestros deseos de trabajar apostólicamente con los jóvenes con una juventud cambiante. En los años cincuenta del siglo pasado el discurso a las relativamente pequeñas capas de jóvenes de clase media, que eran los únicos que de algún modo representaban como clase a la juventud, era el mismo que en los años veinte. En aquel entonces los campesinos adquirían responsabilidades, incluso matrimoniales, muy jóvenes, y los obreros no tenía propiamente juventud, sino que entraban de repente al mundo adulto en calidad de aprendices. Todavía hoy en muchos de nuestros colegios e institutos se repiten las mismas palabras, y casi con el mismo tono: Los jóvenes son la esperanza del mañana, los encargados de mejorar la realidad, etc. Se partía, y se sigue partiendo en estos discursos, del concepto de juventud como tránsito hacia el mundo

adulto. Pero en la medida en que sólo se maneja ese discurso, la tendencia es a producir en los jóvenes desinterés y aburrimiento.

Porque los jóvenes de hoy cambian radicalmente de estilo y costumbres, en ocasiones en una sola generación. Caricaturizando extremos, y como ejemplo para entendernos, de los hippys revolucionarios, en sus versiones pacifistas o más agresivas, barbudos y no demasiado limpios, hemos pasado, como ideal juvenil al deportista metrosexual, amante de los cosméticos y las modas masculinas. La comercialización de lo joven ha ocasionado, entre otros factores, este dinamismo movedido y cambiante de la cultura juvenil. En ese sentido trabajar hoy con el mundo juvenil requiere una mayor apertura a los cambios, una atención mayor a las modas y un estudio más sistemático de la cultura juvenil. No basta con partir de la propia experiencia para entender el fenómeno.

El paso de la cultura de la palabra a la cultura de la imagen, junto con otros factores, incluida la así llamada revolución sexual, ha ido reduciendo la expresión de los sentimientos y dejando mayor espacio a las dimensiones erótico-sexuales. El mundo afectivo se ha convertido en una especie de referencia englobante entre nuestros jóvenes, mientras la dimensión racional pierde terreno. La inseguridad afectiva, e incluso la sexual, aumenta y tiende a manifestarse con mayor claridad creando crisis en muchos aspectos novedosas. Las estadísticas siquiátricas de la década de los sesenta del siglo pasado solían manejar la depresión como un fenómeno muy mayoritario en personas de las que hoy llamamos de la tercera edad. Muchas veces personas que no se adaptaban en el paso de la vida activa al retiro. En los últimos 30 años el aumento de las depresiones en el sector poblacional juvenil ha mostrado un auge notable. El aumento de la inseguridad afectiva contribuye también a crear dinamismos violentos en la relación personal. El trabajo con jóvenes, en este contexto, supone, para llegar a resultados adecuados, el conocimiento suficiente de la cultura de la imagen, así como la capacidad crítica ante ella, conocimientos psicológicos adecuados y una gran capacidad de escucha.

Para los propios educadores se convierte en un dilema la tendencia a oponer excelencia y sabiduría. Es más fácil, por decirlo así,

y sin menospreciar la docencia, dar una buena clase que unos buenos Ejercicios Espirituales. Más fácil formar personas adaptadas al sistema y con posibilidades de triunfo en el mismo, que seres humanos críticos y con posiciones morales sólidas. La excelencia se concibe más como adaptación a la realidad, como triunfo individual, que como riesgo en la prosecución de un ideal. El educador y el acompañante espiritual de los jóvenes debe tener en cuenta que sin desarrollar el sentido crítico, jamás llegaremos a esa sabiduría cristiana profunda, enraizada en el amor y el servicio a los más pequeños, tan indispensable para la propia identidad de nuestra fe.

La cultura de la imagen ha ido convirtiendo al cuerpo en el lugar preferencial de comunicación personal. La apariencia, el vestido, el peinado, el olor expresan necesidades de comunicación. Y a pesar de los cambios permanentes en las modas, la moda de cada generación se convierte en un signo de gregarismo que identifica a un grupo y lo diferencia de los demás. El culto al cuerpo aleja en general del diálogo basado en confrontación de experiencias y/o ideas, y hunde a las generaciones en una especie de incomunicación con grupos diferentes al propio. El antiguo chiste de gallegos, que decía que 40 paisanos de esta procedencia iban juntos a una fiesta nocturna, y al andar entre las sombras se sentían solos, cobra una nueva dimensión en la soledad de jóvenes demasiado refugiados en expresiones individualistas, que tienen como factores fundamentales de relación con los demás el propio cuerpo, el erotismo como expresión afectiva, y las modas como vínculo generacional. Trabajar con jóvenes supone, como siempre, una gran capacidad de escucha, pero también un conocimiento suficiente de dinanismos afectivos y crisis de crecimiento, y la capacidad de decir una palabra orientadora y alentadora.

La supresión del discurso racional y la omnipresencia englobante de lo afectivo, dentro de una cultura de masas excesivamente comercializada, ha llevado al predominio de una cultura más pragmática y menos sapiencial, como ya hemos dicho. Es la cultura del corta y pega en los trabajos a computadora. La combinación de una excelencia instrumental con un mundo afectivo cerrado a la reflexión y autocrítica, ajeno a la sabiduría como modo de ser y estar en la vida, dificulta con frecuencia la creación de dimensiones comunitarias hondas. Aumenta la

tendencia a buscar soluciones de corto plazo. Y se olvida con facilidad la tarea de pensar en profundidad sobre el misterio de lo humano. Lo que importa es manejar adecuadamente los instrumentos que puedan dar soluciones y respuesta inmediatas a las pulsiones y problemas que van surgiendo en la vida. La tendencia, favorecida por internet, de convertir en virtuales algunas relaciones humanas, amistad, sexo, que implican presencia para darse en toda su hondura y plenitud, puede ser un ejemplo de lo que decimos, especialmente en jóvenes que, por timidez o encerramiento personal, prefieren buscar respuestas inmediatas a sus necesidades en vez de emprender la a veces compleja búsqueda de solución a fondo de los propios problemas.

Dar el salto a dimensiones sapienciales, indispensables en la vida cristiana, desde una cultura de imágenes cambiantes y rápidas, en las que la razón instrumental domina y donde lo virtual puede con facilidad sustituir, aunque inadecuadamente, necesidades reales, no es fácil. Enfrentar problemas existenciales, llegar desde lo nuevo a lo que permanece en el corazón humano, ser capaz de saborear la vida desde opciones fundamentales y de largo plazo, convertir en esperanza los anhelos profundos del corazón, ha implicado siempre un tránsito difícil, en el que el acompañamiento espiritual y humano ha sido fundamental. Prepararse hoy para acompañar a nuestros jóvenes requiere un esfuerzo intelectual, reflexivo y de autoposesión probablemente más complejo que en otras épocas. En ese sentido la formación especializada de quienes tienen vocación y capacidad de trabajar con jóvenes se muestra como una necesidad más urgente cada día.

Y no podemos decir que al final los jóvenes llegarán a adultos y ahí, mal que bien, en esa etapa, y al enfrentar los problemas reales, entre golpes y fracasos, acabarán encontrando el camino. De hecho la cultura juvenil está incidiendo en la conformación de un nuevo tipo de adulto, mucho más relativista y elástico en su relación con la realidad. Y aunque este nuevo estilo no sea necesariamente malo (incluso puede ser un aporte de la cultura juvenil al mundo adulto), este nuevo concepto del adulto contemporáneo, todavía en génesis y evolución, puede entorpecer todavía más los procesos de maduración del joven. Del adulto con una personalidad hecha, coherente, que opta por responsabilidades de largo plazo, se está pasando a otro tipo de adulto, mucho más caracterizado por la flexibilidad y la

adaptación constante. Y aunque flexibilidad y adaptación son realidades positivas, pueden conducir a un cierto relativismo que dificultaría la aprehensión de algunos valores cristianos fundamentales.

### **Caminos de acompañamiento y trabajo**

La premisa previa para cualquier tipo de acompañamiento en los jóvenes es creer en ellos. No se puede servir adecuadamente a quienes no se conoce y mucho menos a quienes no despiertan confianza. Aun con los aspectos negativos que hemos ido analizando, la juventud conserva todos los dinamismos propios de la edad en la capacidad de autodonación, riesgo, rebeldía, afán de totalidad e integralidad, búsqueda de sentido. La comercialización y manipulación de lo juvenil puede sofocar los dinamismos de esta etapa vital como en otros tiempos lo hacían la exigencia de trabajo inmediato, aun desde la infancia, para los pobres, o la tolerancia social para con los abusos y travesuras de los jóvenes ricos o de la nobleza. Pero la misma realidad de una juventud masiva, con necesidades similares de maduración, y abierta a la comunicación a través de la imagen, nos abre también nuevas posibilidades de llegar a ella, acompañarla y evangelizarla. Se trata de una etapa vital en la que se desarrollan definitivamente la capacidad de amar, de hacer amistad, de saber sacrificarse por los demás, de descubrir ideales que dan sentido a la vida, etc. Apostar por los jóvenes, disfrutar con su creatividad y su entusiasmo, son presupuestos indispensables para poder acompañarles en el proceso de integrar sus capacidades, luchas, alegrías y dificultades, en una visión de la vida que dé sentido a todas sus dimensiones vitales desde el crecimiento en su propia fe.

Desarrollar la capacidad de autodonación del o de la joven sigue siendo el primer paso de toda pastoral juvenil. Un joven que no descubre el disfrute de la generosidad será sin duda un adulto fracasado. Y un joven que no desarrolla la capacidad de ampliar su generosidad hacia lo desconocido, lo otro, lo lejano o relativamente lejano a su marco más habitual y reducido de lo familiar y lo colegial, difícilmente desarrollará en la adultez la responsabilidad social del amor a la que está llamado por su propia fe. Introducir en todo acompañamiento dinámicas que conduzcan a la autodonación y generosidad en el servicio a los demás es, pues, indispensable. La acción solidaria debe tener vinculación clara con el desarrollo de la fe, en lectura, oración y reflexión. Dosificar e interrelacionar adecuadamente ambos elementos, cultivo espiritual de la



fe y cultivo de la solidaridad fraterna, permanece como tarea para todo acompañante de dinamismos de crecimiento juvenil.

Simultáneamente el joven debe aprender a conocerse a sí mismo. El viejo lema de la sabiduría socrática, conócete a ti mismo, cobra hoy una exigencia de mayor magnitud. La uniformización promovida por las modas, el decoloramiento de la existencia inducido por un pensamiento débil, el individualismo, el relativismo, ciertas formas de pesimismo realista, o incluso una tolerancia mal entendida, llevan al gregarismo y a la falta de pensamiento crítico. Conocerse a sí mismo, contrastarse en la propia relación con los demás, tener capacidad de autoanalizarse y trabajar el propio desarrollo personal y humano, es tanto más necesario cuanto las ideas ambientales sobre el desarrollo personal están demasiado llenas de clichés en exceso simplista o simplemente deshumanizantes.

El autoconocimiento y la capacidad autocrítica debe crecer en simultaneidad con la capacidad de tener una visión crítica de la realidad. Especialmente valores como la verdad o la libertad, deben ser cultivados de un modo sistemático y deben ser la base de la crítica social. La verdad debe verse no sólo como un ejercicio ideológico, sino sobre todo como la tarea práctica de construir en este mundo y en nuestras sociedades lo que de hecho nos dice la experiencia que son verdades fundamentales. Si la historia, y por supuesto la fe, nos ha ido mostrando, cada vez de un modo más radical, la igual dignidad de la persona humana, nuestra práctica social de la verdad tiene que estar relacionada con esa realidad básica. La libertad, como posibilidad de ponerse a sí mismo finalidades autónomas y generosas, debe tener también su correlato en el análisis de la realidad que nos circunda. Un mundo donde las capacidades se distribuyen igualitariamente, pero donde las oportunidades están tan restringidas a grupos minoritarios, nacionales o mundiales, es un mundo donde la libertad está enferma y necesita crecer. Pero no para beneficiar al capital, o a cualquier tipo de poder, sino para abrir las oportunidades de desarrollo humano a todas las criaturas. El mundo de la solidaridad y la generosidad, que debe fomentarse desde el primer momento, no puede quedar aislado de la crítica social y de valores como la verdad, la igual dignidad de las personas, o su libertad. Valores que son indispensables para historizar los sentimientos de liberación de la propia generosidad.

Estas dinámicas de liberación de la propia generosidad y autoconocimiento se realizan necesariamente en grupo. La naturaleza

individualista de nuestra sociedad, y el aislamiento que produce la identificación del ser con el tener, no eliminan las tendencias grupales del joven. Pero sí tienden a impregnar su sociabilidad natural con una especie de egoísmo de grupo. La inseguridad que produce una sociedad muy competitiva lleva a la creación de grupos pequeños, de amistades incondicionales encerradas en círculos reducidos. La amistad se utiliza entonces no tanto como plataforma de relación con el mundo circundante, sino como refugio frente a un mundo y una sociedad que se percibe hostil o insegura. Con frecuencia algunos maestros se quejan de que en promociones de estudiantes relativamente numerosas se crean grupos de amigos incondicionales que prácticamente no se relacionan para nada con el resto de sus compañeros. Abrir los grupos a la diversidad y a la necesidad del prójimo, convertir el amor y el cariño en dinamismo expansivo, y no en refugio aislacionista, es una tarea permanente para el que acompaña. En definitiva el grupo debe convertirse en una manera de conducir al joven a comprender lo que es el dinamismo de Iglesia, abierta, apostólica, expansiva, al mismo tiempo que comunión, fiesta, participación y lugar de crecimiento espiritual y humano.

## **Conclusión**

Trabajar con jóvenes es hoy uno de los grandes retos de la Iglesia en general y de nuestra Iglesia Latinoamericana en especial. Si Puebla había optado ya por los jóvenes, hoy la complejidad de las situaciones, que han cambiado en algunos aspectos tan aceleradamente desde finales de los setentas, nos obliga a tomar con mayor energía el reto. Desde estas líneas hemos apuntado muy resumidamente la problemática en la que el trabajo con jóvenes se desenvuelve hoy, y hemos apuntado algunos caminos de solución. Nuestra reflexión es incompleta. Pero si sirve para entablar discusión, y especialmente para interesarse un poco más por el tema, estas líneas habrán cumplido su cometido. La palabra de Juan insistiendo en que les hablo a Ustedes, los jóvenes “porque son fuertes y han vencido al mundo” sigue siendo una invitación a trabajar con renovada energía en este campo.